

RECONCILIADOS CON LA CREACIÓN

1. La creación y el misterio pascual



De acuerdo con la tradición del Antiguo Testamento, la creación es siempre un objeto de alabanza (Sal 104, 24), porque la naturaleza, la obra de la acción creadora de Dios, “era muy buena”. La creación es el don de Dios a los seres humanos; pero, herido por el pecado, el mundo entero es llamado a experimentar una radical purificación (2 Pe 3, 10). El misterio de la encarnación, la entrada de Jesucristo en la historia del mundo culmina en el misterio pascual, en el que Cristo renueva la relación entre Dios, los seres humanos y el mundo creado. Ni la pretensión de ejercer un dominio incondicional sobre las cosas, ni una ideología reduccionista y utilitarista que vea el

mundo natural como un objeto de inacabable consumo, ni una concepción del medio ambiente basada en la supresión de la diferencia entre el hombre y otros seres vivos pueden ser aceptadas.

El hecho es, sin embargo, que muchos seres humanos, en todos los niveles, han continuado abusando de la naturaleza y destruyendo el bello mundo de Dios... Asistimos a una irresponsable degradación y a una absurda destrucción de la Tierra, que es “nuestra madre”. Contemplar los “signos de los tiempos” es una manera de experimentar la necesidad de esta reconciliación. En último término, es a través de nuestra fe como llegamos a sentir una profunda pena al constatar la destrucción del don de Dios y el sufrimiento de las personas. No sobra la pregunta: ¿No podríamos haber actuado de forma diferente?

Si bien la cosmología bíblica es una fuente continua de inspiración en relación con la creación, incluso un imperativo moral reconocido, por sí sola no basta para sostener el esfuerzo humano por cuidar el mundo creado. Reconocer la integridad de la creación y su existencia en cuanto otorgada por Dios, reconocer como buenas y valoradas por Dios las interrelaciones entre Dios, los seres humanos y otras criaturas, no es suficiente para contrabalancear el papel que desempeñamos en la destrucción generalizada de la creación. Tales son los límites de la voluntad humana, de la mente y la memoria. Somos conscientes de que se necesita más; lo que se precisa es una *conversión*, una transformación del corazón.

2. La espiritualidad ignaciana y la solicitud por la creación

La espiritualidad ignaciana y, más específicamente, los Ejercicios Espirituales (EE) ofrecen una profunda fuente de inspiración para desarrollar ideas y nuevas relaciones en lo que respecta a la creación. Hoy comprendemos que la creación es tanto un recurso procedente de Dios como una avenida hacia Dios, que posibilita a los seres humanos la comunicación. Se nos pide que discernamos cuidadosamente nuestra relación con la creación y que seamos indiferentes, esto es, que desarrollemos una libertad interior para ver las cosas creadas en su relación con Dios y sus planes para el bien común de la humanidad. La creación es la primera gran obra de la redención y el acto salvífico fundacional de Dios. La redención acontece, pues, en el contexto de la creación, donde la humanidad crece y madura en su relación con Dios y en su propio seno.

Las contemplaciones de la encarnación (EE, 101-109) y el nacimiento (EE 110-117) muestran que el mundo creado es el lugar para tener experiencia de Dios. En tanto en cuanto Jesucristo nace en un lugar concreto (Nazaret), comparte con nosotros una profunda relación con la creación, la vida, la naturaleza y el aire que respiramos. Desde la perspectiva trinitaria que sostiene esta contemplación, somos llamados a vivir en afinidad y comunicación con la creación.

En la contemplación para alcanzar amor (EE, 230-237), Ignacio pide al ejercitante que considere de qué modo Dios habita y opera en la creación. Siguiendo la indicación de Ignacio de que “el amor se debe poner más en las obras que en las palabras” (EE, 230), hemos de ofrecernos a nosotros mismos con gran generosidad para sanar nuestra relación con la Creación.

“Descubrir a Dios en todas las cosas”. La creación y el mundo, antes que, rechazados como malos, deben ser abrazados como buenos. Desde la perspectiva de la resurrección, desde el punto de vista del misterio pascual, siempre somos conducidos a una experiencia del amor de Dios que impregna todas las cosas y a todas las demás personas y, por tanto, a un amor que refuerza estos tres conjuntos de relaciones con Dios, con los demás y con la creación.

3. Para seguir reflexionando en casa

- Lee detenidamente el pasaje de la creación en Génesis 1,1 – 2,4 y las notas del cuarto día del Retiro de Cuaresma en clave ignaciana y reflexiona...
- ¿Qué sentimientos te suscita la lectura? ¿Qué te queda claro con respecto a la relación con la creación?
- Pensando en tu vida, en tu familia, en tu comunidad de vecinos, en tu barrio, en tu ciudad, en tu país, en nuestro mundo... ¿A qué te llama Dios?